

## El mensaje de Blancanieves

■ Cuando al visitar a mi amigo que es profesor jubilado, me lo encontré leyendo con concentrada atención cuentos infantiles, pensé que al hombre le había llegado esa edad en que el viejo retrocede a la infancia y sólo encuentran entretenimiento y recreo en la inocente actividad del niño.

Pronto sañí de mi error, cuando dejándolo a un lado "Blancanieves" se quedó un rato pensativo para después gruñir entredientes:

—¡No hay caso! El hombre no ha aprendido nada, ni siquiera eso que debió aprender cuando su cerebro estaba virgen de cualquiera maligna influencia.

Como lo mirara extrañado, el profesor jubilado me preguntó con una seriedad que me hizo dudar de su buen juicio:

—¿En tu opinión cuál es la parte más importante del cuento de Blancanieves?

Cuando un profesor, por muy jubilado que esté, lo interroga a uno, es lógico ponerse nervioso recordando los exámenes escolares, así es que, rápidamente, para no ser rajado, respondí:

—El desenlace, cuando el príncipe besa a Blancanieves, la despierta de su sueño prolongado y se casa con ella. Ahí queda demostrado que el bien siempre triunfa al final.

—¡Tres negras!, dictaminó el profesor—. Y como mi cara reflejaba que necesitaba una explicación, bondadosamente me la dio.

—Mira, la parte más importante, donde está el principal mensaje del cuento, es cuando la reina le pregunta al espejo quién es la más bella del reino y el espejo le contesta que Blancanieves. Lo que hace la reina entonces, es romper el espejo. Pero al hacerlo sólo obtiene su propia destrucción. La moraleja del cuento de Blancanieves es que nunca hay que romper los espejos y si lo que ellos dicen no nos gusta, dirigir nuestra acción contra lo que produce la imagen que refleja el espejo, nunca contra el espejo mismo.

Confieso que a esa altura de la conversación, me sentí desorientado. No sabía adónde quería llegar mi amigo, el profesor jubilado. Pero él siguió con renovados bríos.

—¿Te has dado cuenta de que hay gente que se escandaliza por lo que ve en el cine o en la televisión, o lee en los diarios o en las novelas? Arman un gran escándalo y moralizan contra la violencia que ven, el sexo que se exhibe, las malas costumbres que se narran y terminan, generalmente, pidiendo que se prohíban películas, que se censure a la televisión, que se cierren los diarios. Y no se dan cuenta

que cine, teatro, televisión y prensa no son sino espejos de una realidad y que lo que hay que modificar —si no les gusta— es esa realidad y no el espejo que las muestra. Esa gente cae en el mismo error de la reina del cuento, creen que rompiendo el espejo van a arreglar las cosas y, lo único que hacen, es empeorarlas. Es lo mismo que se pretendiera juzgar a un médico por descubrir una enfermedad, cuando él lo único que hace es diagnosticarla y mostrarla. Hay que atacar la enfermedad y no al médico.

No obstante el entusiasmo como exponía su tesis, había algo en ella que no me cuadraba. Y se lo dije.

—Eso es correcto, cuando se trata de espejos flees. ¿Y qué sucede con el espejo deformado? ¿Qué me sucedería a mí o a tí cuando queriendo verme en un espejo, veo el rostro de otra persona? Porque siguiendo con tu metáfora, eso es lo que sucede con el cine y la televisión extranjeros que muestran enfermedades morales y sociales de las que nosotros estamos libres, pero que al exhibirlas ellas nos traen el contagio.

Mi amigo tuvo que reconocer que mi observación era justa, pero me señaló:

—Sí, ese es el precio que hay que pagar por no fabricar nuestros propios espejos. El ahorro de dinero que significa comprar series televisivas envasadas, películas extranjeras, libros foráneos, hay que pagarlo con una distorsión de nuestra realidad, de la infiltración de virus que nuestro organismo rechaza y que producen las peores enfermedades.

—Si yo fuera gobernante —terminó mi amigo, el profesor jubilado— impediría la importación de películas foráneas sea para televisión o cine, o las gravaría fuertemente. Además, propondría por todos los medios a la fabricación de espejos nacionales que nos devolviera, en su azogue, nuestra verdadera personalidad: lo bueno y lo malo de ella.

Quise decirle que lo que estaba propiciando atentaba, al parecer, contra la política del libre mercado, pero preferí callar para no verme en un tema peliagudo. En todo caso, cuando volví a casa, busqué en un viejo desván el libro de "Blancanieves" y me puse a leerlo con detención.

Y la verdad es que cuando a la reina le principia a ir mal, es cuando rompe el espejo. Pero, parece que muy pocos han captado el verdadero mensaje de "Blancanieves y los siete enanitos".